



Para nuestra reflexión y renovación: raíces de una cultura vocacional propiamente Jesuítica

Gabino Uríbarri, S.J. - *Promotio Iustitiae* 75 (2001), pp. 62 - 70

Preliminar

No cabe duda de que en la Compañía se da una viva preocupación por las vocaciones, particularmente en Europa. El Padre General se ha referido a esta cuestión en repetidas ocasiones, con preocupación y esperanza (1). La última Congregación General (CG) dedicó un decreto, el diez, a la promoción de vocaciones. El tema no ha estado ausente de la última reunión de Provinciales en Loyola (septiembre de 2000), particularmente entre las Asistencias europeas.

El último congreso continental sobre las vocaciones (Roma, 5-10 de mayo de 1997), propone a toda la Iglesia europea la elaboración de una cultura vocacional, capaz de convertirse en el caldo de cultivo apropiado para las nuevas vocaciones (2).

A la hora de rastrear elementos propios de una cultura vocacional jesuítica, en estas páginas voy a acudir a nuestra historia, a nuestra propia tradición. Así pues, lo que intento es presentar algunas raíces de nuestro modo de proceder, típicamente ignacianas y jesuíticas, que nos puedan ayudar hoy a articular, recuperar o reforzar una cultura vocacional genuinamente jesuítica. No pretendo recorrer todos los pormenores de un tema tan complejo. Simplemente me limito a resaltar algunos aspectos, que considero especialmente relevantes, que hoy necesitaríamos cuidar con mayor esmero.

I. «Fervor es la Compañía» (Nadal)

No puedo disimular que la frase de Nadal, citada por el Padre General en su discurso a la 68ª Congregación de Procuradores, al hilo del tema de la refundación de la Compañía, me resulta fascinante. Si la gente que nos ve desde fuera dijera boquiabierto: «fervor es la Compañía», dudo mucho que tuviéramos problema de vocaciones en muchas partes de la Compañía. En ese caso, tampoco andaríamos a vueltas con el tema de la visibilidad, en el que tanto nos insiste el Padre General, que trataron todas las Congregaciones Provinciales y en el que insiste la exhortación postsinodal de Juan Pablo II, Vita consecrata.

El caso es que Nadal tiene razón: «fervor es la Compañía». Una serie de siete rasgos propios de nuestro modo de proceder lo ponen de relieve.

1. Predicación entusiasta de Jesucristo

El Padre General echa en falta en la Compañía un mayor ardor en nuestro celo misionero, quizá expresión de un cierto déficit en el vigor espiritual. Por citar un texto representativo, en la homilía de clausura dijo que la CG 34 «culmina, en fin, junto al altar de san Francisco Javier, como reconocimiento de que la Compañía actual necesita aún mayor garra misionera para anunciar con más ardor, pasión y vigor el Evangelio del Señor, todo el Evangelio, como servidores de la misión de Cristo» (25 de marzo de 1995).

El ardor misionero ha sido una de las señas de identidad de nuestra Compañía, distinguida por la «defensa y propagación de la fe» y por la creatividad constante en los diversos ministerios de la Palabra (3).

La última CG lo subraya de nuevo: «lo nuestro es una santa audacia, «una cierta agresividad apostólica» típica de nuestro modo de proceder» (D.26, n.27). Cuando leí el libro de John O'Malley sobre los primeros jesuitas me resultó muy llamativa una costumbre de los primeros jesuitas: «ir de pesca» (4). Por tal entendían la costumbre de salir un grupo de dos un sábado por la tarde, a un lugar concurrido, como una plaza o un mercado, y ponerse allí mismo a predicar. Los primeros compañeros habían practicado formas semejantes de predicación, antes de la fundación de la Compañía. Hablando de sus peripecias en Vicenza, junto con Fabro y Laynez, el Peregrino nos relata lo siguiente: «Pasados los cuarenta días [dedicados a la oración], llegó el Mr. Juan Codure, y los cuatro decidieron empezar a predicar; y dirigiéndose los cuatro a diversas plazas, en el mismo día y a la misma hora comenzaron su sermón, gritando primero fuerte y llamando a la gente con el bonete. Con estos sermones se hizo mucho ruido en la ciudad, y muchas personas se movieron a devoción...» (5).

La primera característica del modo nuestro de proceder que recoge el decreto 26 de la CG 34 dice así: «Profundo amor personal a Jesucristo». Esto es lo primero que nos distingue a los jesuitas. Un amor, que por su naturaleza, tiende a manifestarse y comunicarse en forma de ayuda a las almas, en el celo por ayudar a que otras personas disfruten y se enriquezcan con este conocimiento de Jesucristo.

Este amor a Jesucristo impregna de tal manera a la Compañía, que Nadal llega a decir: la Compañía es «un resplandor que irradia de Cristo»;

Oración de los fieles

la otra cita de Nadal en el discurso sobre el estado de la Compañía del Padre General a los Procuradores, también dentro de la sección referente a la refundación de la Compañía.

Lo dicho es suficiente para poner de manifiesto que si alguien nos aventaja en celo misionero, en ardor apostólico, en predicación descarada de Jesucristo, sin ambages ni vergüenzas ni complejos ni timideces ni pudores, es para sonrojo nuestro (6). Nuestra tradición, nuestra historia, nuestra espiritualidad, nuestro modo de proceder nos impulsan a la predicación entusiasta, gozosa, convencida, sin disimulo alguno de Jesucristo, rey eterno, que nos dice: «Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria» (EE [95]).

Así pues, un primer elemento de una cultura vocacional jesuítica según nuestra tradición es el fervor ardiente y misionero, elocuente y contagioso, que procede del contacto íntimo, sobrecogido, agradecido y entusiasta con el Señor Jesús, con el Corazón abierto y sangriento, traspasado de amor herido que sana y reconcilia un mundo roto.

- Te pedimos por las vocaciones a la Compañía de Jesús. Roguemos al Señor.
-
- Señor, te pedimos para que renueves nuestra ilusión por la misión encomendada en este año; que nuestro testimonio de fidelidad a Cristo y a su Iglesia anime a los jóvenes a unirse a la Compañía. Roguemos al Señor.
-
- Te pedimos por las familias, para que sean escuelas de vocación. Roguemos al Señor.
-
- Señor, te pedimos por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada; para que sean muchos los jóvenes que respondan con generosidad a tu llamada. Roguemos al Señor.

Escucha Dios nuestras súplicas y conviértelas en realidad si ese es tu Deseo. Todo ello y lo que no tenemos palabras para expresar te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración final

Mira, Padre misericordioso, ésta tu mínima Compañía que lleva el nombre santísimo de Jesús, tu Hijo, y concédenos que, después de gustar su dulzura y fortaleza en esta vida, recibamos en el cielo los gozos eternos. Por Jesucristo Nuestro Señor.

(1) Pueden verse sus Cartas: «Sobre la promoción de vocaciones» (15 de abril de 1985) dirigida a todos los Superiores Mayores europeos; «Cartas de oficio de 1993» (8 de noviembre de 1993); «Sobre la promoción de vocaciones» (29 de septiembre de 1997).

(2) Véase el documento final: Nuevas vocaciones para una nueva Europa, Madrid: Edice, 31998, especialmente el § 13. He reflexionado sobre el particular, desde una perspectiva general, en: Reavivar el don de Dios, Santander: Sal Terrae, 1997; «Elementos para la construcción de una cultura vocacional», Todos uno 143 (julio-septiembre de 2000), 65-84; «Hacia una cultura vocacional», Sal Terrae, 88:9 (octubre de 2000), 683-93.

(3) Formula Instituti [1], y véanse las páginas que les dedica a los ministerios de la Palabra: John O'Malley, S.J., The First Jesuits, Cambridge: Harvard University, 1993, pp. 91-133 (trad. castellana en la Colección Manresa 14, Bilbao: Mensajero y Santander: Sal Terrae, 1995).

(4) Véase *ibid.*, 112-13.

(5) El Peregrino: Autobiografía de San Ignacio de Loyola, red. Josep María Rambla, S.J., Colección Manresa 2, Bilbao: Mensajero y Santander: Sal Terrae, 1984, [95].

(6) El Padre General se pregunta y nos pregunta: «En el servicio de la fe, ¿habremos perdido el entusiasmo de la proclamación y el amor fruto de la convicción, hasta el punto de que los enemigos no tengan ya nada que temer? El miedo a ser considerado integrista o fundamentalista ¿habrá mermado un compromiso apostólico claro, un resplandor que irradiaba a Cristo» (Nadal)? En el contacto con un jesuita, con su trabajo, con su casa y su ambiente, ¿se siente que «Dios es el primer servido?» («Discurso sobre el estado de la Compañía a la 68ª Congregación de Procuradores», Roma, 17 de septiembre de 1999, § D.).